



J. D. (an). Meric, arch. x. Melius.

EL CARDENAL MERCIER

María Delia Terrén

Hace cien años nació en una pequeña ciudad belga Desiderio Mercier, figura principalísima del movimiento filosófico contemporáneo y príncipe eximio de la Iglesia Católica.

La sociedad europea vivió a lo largo del siglo XIX las vicisitudes consiguientes a todo cambio substancial de orden ideológico. Hacía cuatro siglos que la unidad de la cultura cristiana venía desintegrándose por obra y gracia del hombre que tendía a convertirse en centro de su Historia y fin último de su accionar terrestre.

Una fiebre romántica cubrió toda Europa en la primera mitad de ese siglo influyendo en filosofía y arte, en política y hasta en ciencia. Esa tendencia romántica encontró justificación en las exposiciones doctrinarias de Kant, Fichte y Hegel. Se vaciaba la naturaleza de todo contenido real para convertirla en un mero apéndice del intelecto. El concepto medieval de la Historia, según el cual la Providencia divina tiene un plan y lo realiza a través del hombre dotado de libre albedrío, fué sustituido por la concepción hegeliana de que todo acontece conforme a leyes que se va dando a sí mismo el espíritu humano. La libertad ilimitada defendida por los románticos trajo la puja entre los "absolutistas" y los "constitucionalistas", y de ella surgió también la doctrina en que se basaron los "nacionalismos". Las naciones eran personas sociales que, como los individuos, debían ser libres para poder seguir sus instintos y pasiones naturales. Fué en las letras que el romanticismo alcanzó sus notas más vibrantes. Víctor Hugo, en el prólogo de su drama "Cromwell", escribiría, precisando la doctrina: "Luchamos por la libertad en arte contra el despotismo de sistemas, códigos y tratados de poesía. Mi método es dejarme llevar por la inspiración y cambiar el estilo si lo exige el asunto. Dogmatismo en arte es peor que en política y en religión". Pero más que en las letras, en la música: Beethoven, Schubert, Schumann, Chopin...

Con los ideales sostenidos por la Revolución Francesa se fué destruyendo el "antiguo régimen", basado en los privilegios de nobleza, y el poder fué quedando en manos de la burguesía. Pero la revolución no

consiguió el bienestar de todos los ciudadanos, que era el ideal, porque los obreros de la ciudad y del campo quedaron en la misma situación deplorable de antes. Es que ella sólo se contentó con proclamar la igualdad de derechos. El artículo primero de la "Declaración de los Derechos del Hombre" establecía que el gobierno estaba instituido para garantizar los derechos naturales e imprescriptibles: "derecho a la igualdad, libertad, seguridad y propiedad". Por otra parte, los grandes descubrimientos científicos, que hicieron que el siglo XIX no tuviese rival en el dominio de la ciencia, trajeron aparejados una transformación social tan fantástica como imprevisible. Con la máquina a vapor se pasó de una industria manual y casera a una industria en gran escala, lo que exigió la correspondiente expansión del comercio. Las vías de comunicación se multiplicaron y con ellas los transportes: ferrocarriles, navegación a vapor. El invento de la pila voltaica y el descubrimiento de los fenómenos electromagnéticos fueron fecundos en aplicaciones industriales y multiplicaron, con rapidez inusitada, los medios de comunicación. Hacia fines del siglo XIX la electricidad se transformaba en fuerza motriz y viceversa; además, se convertía en luz y en calor. La ciencia astronómica, la matemática, la química y la biología experimentaron grandes progresos, llegando Pasteur a formular su teoría de la fermentación. Entonces se enunciaron nuevas ideas acerca de la composición de la materia así como sobre la naturaleza de la energía, el mecanismo del universo, la formación de la tierra y el origen de la vida, predominando en todas ellas un denso "materialismo".

Con el maquinismo aparecieron los grandes centros fabriles, las importantes compañías y consorcios internacionales, la división del trabajo, etc. Pero las máquinas no disminuyeron los sufrimientos y miserias de la clase trabajadora, lejos de ello, hubo quienes las señalaron como causa de las injusticias sociales. Se empleaba la mano de obra con una falta de respeto a la dignidad de la persona humana que hoy, con los cambios experimentados, nos resulta imposible concebir. En Inglaterra pasaron largos años antes que se pudiera conseguir una jornada máxima de once horas. La revolución de 1848 señaló en Francia un estado de exasperación de la clase obrera. Un año antes, en Londres, en el Primer Congreso Internacional de Socialistas, Marx y Engels habían lanzado el grito de combate del proletariado contra la burguesía en su tan conocido Manifiesto. Como solución del problema social propugnaban la concentración del capital y el trabajo en las mismas manos, las del Estado colectivista. En tanto el socialismo preconizado por Marx se volcaba hacia mediados del siglo a la política militante, en Europa, las monarquías, más o menos constitucionales, iban otorgando el sufragio universal, la instrucción gratuita y obligatoria, el descanso dominical, la limitación de horas de trabajo, la higiene de los talleres, los seguros, etc., y tendían

hacia la abolición de la esclavitud y hacia el librecambio en contra del tradicional sistema proteccionista.

En un mundo que aun luchaba por obtener la libertad, la libertad ilimitada, surgió, en forma paradójal, un fuerte movimiento en pro de la socialización para hacer frente a las injusticias que el materialismo capitalista provocaba. Empero, los últimos años del siglo XIX fueron de aparente paz y tranquilidad: a las posibilidades inmensas que ofrecía América y las colonias de Inglaterra, Francia y otros países europeos se sumaban las libertades populares que se iban concediendo. El materialismo y el positivismo dominaban en la ciencia y en la filosofía, en la política y en la economía.

En una sociedad agitada por tan distintas y encontradas corrientes ideológicas, Mercier formó su espíritu y desarrolló su acción.

Desde que ingresó en el Seminario Menor de Malinas reveló en sus estudios de filosofía, por los que sentía auténtica vocación, una mente sedienta de ideas claras. Mas como la enseñanza adolecía hacia 1868, aún en los seminarios, de exasperante incoherencia, buscó, en gran esfuerzo individual, el sistema filosófico por el que pugnaba su intelecto. Merced a trabajos personales de profesores católicos de Italia, Alemania, Francia y España, se había vislumbrado a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX un auténtico movimiento de retorno a la Escolástica, que por entonces permanecía casi enteramente abandonada. Así, por las "Prælectiones philosophicæ" de Tongiorgi y principalmente por la "Philosophie de Vorzeit" de Kleutgen, que valoró en todo su significado, llegó Mercier al conocimiento de la doctrina tomista.

Convencido de que nadie como Santo Tomás de Aquino había realizado con más éxito la síntesis racional de las proposiciones que eran desarrolladas en los cursos de filosofía y teología del Seminario Mayor de Malinas, resolvió completar su formación en la "Suma Teológica". Por ello, al ingresar hacia 1874 en la célebre Universidad Católica de Lovaina fácil le resultó comprobar que aún allí, en tan importante centro de estudios, la enseñanza filosófica fluctuaba entre distintas tendencias sin presentar un cuerpo de doctrina ordenado y sólido. Pero esa Universidad, que en 1832 había resuscitado a inspiración de los obispos belgas, dado que fuera suprimida en 1797 luego de la Revolución Francesa, era la única en el mundo que además de ser católica y libre era completa, formando a sus discípulos en las distintas especialidades con todos los derechos de las instituciones estatales. Gracias a ello y como fruto de instructivas conversaciones sostenidas con estudiantes de disciplinas ajenas a las suyas, advirtió Mercier que la ciencia moderna había dilucidado muchos fenómenos mal observados o simplemente desconocidos por los filósofos de la Edad Media. Y así, la idea de adaptar al tomismo los

sorprendentes avances de la ciencia adquirió gran resonancia en el espíritu del joven sacerdote para no abandonarlo más.

Fué en 1877 cuando Mercier, no bien licenciado, acometió la ardua tarea de restaurar la filosofía tomista desde su cátedra de profesor de filosofía del Seminario Menor de Malinas para la que acababa de ser designado. Su afán de formar sacerdotes ilustrados y además competidos de la doctrina filosófica que él conceptuaba como la que mejor respondía a la teología católica, lo llevó a superarse en un ambiente bien ajeno a su modo de pensar. En tan ímproba labor lo sorprendió, en 1879, la Encíclica "Aeterni Patris" donde León XIII, después de exaltar el valor de la Filosofía y de señalar el alto significado de los primeros Padres y de los Doctores de la Iglesia, invitaba a los católicos a restaurar la filosofía escolástica aprovechando fundamentalmente las obras de Santo Tomás, en las que se hallaba una filosofía tan perfectamente fundada en la razón como maravillosamente acorde con el dogma y de la que se podía beneficiar la ciencia en general. Decía a este propósito: "las mismas ciencias físicas, ahora tan estimadas y acrecentadas con tantos y tan ilustres descubrimientos como los que excitan por todas partes la singular admiración del ánimo, lejos de temer, con razón, que les cause detrimento alguno la Filosofía de los antiguos restaurada, deberán esperar de ella muy grandes auxilios".

La palabra pontificia en busca de la realización práctica de lo expuesto en la Encíclica, se escuchó bien pronto en los más altos centros de cultura religiosa. El 25 de diciembre de 1880 suscribió el Breve por el que pedía a los obispos belgas la creación, en la Universidad de Lovaina, de una Cátedra de filosofía tomista accesible a todos los estudiantes. Después de largos meses de indecisión, los miembros del episcopado belga, ante nuevas instancias del Sumo Pontífice, se avinieron a la directiva papal y designaron a Mercier para ocupar la nueva cátedra.

Mercier marchó entonces a Roma para hablar personalmente con León XIII, gestor infatigable del magno movimiento de renovación del pensamiento moderno mediante la restauración del tomismo. Conociendo el ideal del Santo Padre y estimulado por él, regresó a Lovaina dispuesto a ilustrarse en las disciplinas científicas para luego relacionarlas convenientemente con la filosofía tomista y mejor alcanzar los sistemas filosóficos entonces en boga. Tanto fué así que tiempo después se lo vió en París asistir en La Salpêtrière a las clases de Charcot cuyas teorías y observaciones conmovían a la sociedad de entonces. También en Lovaina, ya catedrático, pudo observársele entre los alumnos del célebre químico Paul Henry, del gran neurólogo Van Gehuchten, del matemático Mansion, del biólogo Carnoy, del naturalista Van Beneden, del filólogo De Harlez.

Con tal bagaje y en tanto profundizaba aun más el pensamiento

del Aquinense confrontándolo con los grandes representantes de la filosofía moderna: Descartes, Leibnitz, Kant, Hegel, Stuart-Mill, Spencer y muchos otros, el joven profesor comenzó su trascendente empresa. Entonces, los estudiantes y profesores de las distintas facultades, que concurrieron a sus primeras lecciones, se encontraron con un profesor que sabía presentarles la filosofía tomista en función de sus diferentes especialidades. Y así esa filosofía considerada por los más como algo vetusto, perdido en los siglos medievales, surgía, por obra y gracia de su inteligente expositor, como algo viviente, fecundo en infinitas posibilidades.

Vencidas las primeras dificultades y luego de desarrollar todo el ciclo de las ciencias filosóficas en sus cursos de 1882 a 1886, Mercier concibió la idea de transformar su cátedra en un alto Instituto de Filosofía que fuera el verdadero centro de un gran movimiento neotomista. Para ello viajó a Roma en 1887 y León XIII, que terminaba de honrarlo con la prelatura pontificia, acogió entusiasmado su iniciativa.

Sin embargo, Mercier hubo de salvar serios obstáculos. No era fácil crear un Instituto rompiendo los cuadros clásicos de la Universidad; además había que afrontar la financiación de la empresa. Interin se concretaba la idea comenzó Mercier la publicación de sus obras: "Lógica", "Metafísica General u Ontología", "Psicología", "Criteriología", etc., que alcanzaron singular éxito al punto de lograr en cortos años hasta once ediciones y ser traducidas a seis idiomas. Tal el caso de su "Psicología".

En ello se hallaba cuando en setiembre de 1891 se decidió a presentar al "Congreso de los Católicos Belgas", reunido ese año en Malinas, su punto de vista acerca de los estudios superiores de filosofía, de su influencia en la estructuración social de los pueblos. Dijo entonces: "Los católicos viven aislados en el mundo científico; sospechan de ellos, les tratan con indiferencia; sus publicaciones a duras penas traspasan las murallas del mundo creyente y, si las traspasan, no tienen eco"... "Ese estado de aislamiento intelectual es fatal para la fe y para la ciencia". Para solucionarlo propuso se formaran hombres que se consagrasen a la ciencia por ella misma, sin objetivo personal, sin fin apologético directo, y se crearan los recursos que tal tarea reclamaba. Sostuvo también la urgencia del trabajo en colaboración: "La asociación ha de suplir la insuficiencia del trabajador aislado, y los hombres que analizan y sintetizan han de reunirse para formar, mediante su trato diario y su acción común, un ambiente apropiado para el armonioso desarrollo de la ciencia y la filosofía".

Dificultades diversas, provenientes del mismo campo católico, demoraron la fundación definitiva del Instituto hasta marzo de 1894, lo que empero no obstó a que el Instituto "en formación" prosiguiera su

actividad. El, que no concebía la enseñanza de la Cosmología, de la Psicología, de la Criteriología, de la Ética, sin el estudio de las ciencias físicas y matemáticas, de la biología y ciencias naturales, de la historia, la política y la economía política, buscó la cooperación de algunos de sus colegas, maestros en las distintas disciplinas, y al no hallarla emprendió la empresa con la colaboración de algunos de sus mejores alumnos que ya comenzaban a destacarse. Confió a Desiderio Nys los problemas de la Cosmología, a Simon Deploige lo atinente a las Ciencias Sociales, a Mauricio De Wulf el estudio histórico de la Escolástica, y a Armando Thiéry todo lo relacionado con la Física y las Matemáticas, mientras él se reservaba los cursos estrictamente filosóficos. Y a fin de que también los estudiantes eclesiásticos se pudieran beneficiar con los aportes del Instituto se fundó, anexo a tan alto centro de estudios, el Seminario León XIII, patrocinado personalmente por el Papa, y de cuya dirección quedó encargado Mercier, su gran gestor.

Venciendo con indomable energía las hostilidades de quienes no lograban ver el enorme alcance de su obra, emprendió la preparación de nuevas ediciones de sus libros. A través de ellas y de otras publicaciones del Instituto, la irradiación de las enseñanzas allí impartidas fué adquiriendo volumen y a su conjuro infinidad de extranjeros comenzaron a poblar sus aulas. Y la "Revue Néo-Scholastique", por él fundada, pasó a ser el fiel reflejo de la incansable actividad del Instituto y a divulgar por doquier la doctrina del Doctor Común de la Iglesia y del trabajo de unificación y construcción realizado por los miembros del Instituto en el afán de integrar toda verdad descubierta después de Santo Tomás, desde que concebían su filosofía como la filosofía esencialmente sintética y asimiladora capaz de desarrollar una verdadera obra de continuidad y universalidad a través de los siglos.

El Presidente del Instituto Superior de Filosofía contemplaba con satisfacción el porvenir del organismo —que es hoy para el mundo católico el centro de estudios filosóficos de mayor jerarquía junto con el de Friburgo— cuando el 7 de febrero de 1906 recibió un pliego de la Nunciatura: Pío X acababa de designarlo Arzobispo de Malinas, Sede Primada de Bélgica. Un año después, en Roma, en la Basílica de "San Pedro ad Vincula", le fueron impuestas las insignias cardenalcias.

El profesor, el hombre de estudio, cuya vida había trascurrido en medio de arduas especulaciones metafísicas, debía bajar al terreno de la acción práctica. Durante treinta años la Universidad de Lovaina había sido su hogar, de ahora en adelante debía regir una arquidiócesis de más de dos millones de almas. Pero el hombre de doctrina que supo restaurar la filosofía cristiana en forma tan plausible, iluminó bien pronto con los destellos de sus ideas largamente meditadas la actividad de su grey. Su concepto católico de la vida quedó íntegra y acabadamente

abordado en sus innumerables pastorales, discursos, conferencias, cartas, etc., que abarcan hoy más de siete volúmenes. Mercier se dió así a la laboriosa tarea de traducir al lenguaje sencillo de los hechos las altas tesis filosóficas que fueron como los andamios sobre los que estructuró todo el edificio de su acción apostólica.

Su concepción sistemática del mundo y de la vida, en su doble aspecto filosófico natural y teológico sobrenatural, no contrapuestos ni separados sino armoniosamente entrelazados, le permitió combatir con precisión aquel "Modernismo" que Pío X acababa de condenar en la Encíclica "Pascendi". Refiriéndose a tan sutil como universal herejía, que al socavar la razón no permitía ya dar crédito a la verdad, ni en el orden natural ni en el sobrenatural, diría: "Consiste esencialmente en afirmar que el alma religiosa debe sacar de sí misma, y nada más que de sí misma, el objeto y motivo de su fe. Rechaza toda comunicación revelada que por fuera tratara de imponerse a la conciencia, y así llega a ser, por una consecuencia necesaria, la negación de la autoridad doctrinal de la Iglesia establecida por Jesucristo, el desconocimiento de la jerarquía divinamente instituída para regir la sociedad cristiana".

Vino luego la Guerra Mundial presentida por Mercier según señala Alfredo Baudrillart, Rector del Instituto Católico de París, en este agudo párrafo: "Desiderio Mercier vislumbraba aquello que tantos poderosos pensadores no han reconocido sino al ver el resplandor de los incendios de Lovaina: el peligro que, debido a sus consecuencias de toda naturaleza, la filosofía alemana de Kant, Hegel y de sus más recientes discípulos, ocultaba bajo halagüeñas esperanzas; no más base en la certeza, nada de principio inquebrantable en la fuente de la moral; la ciencia separada de la metafísica; la metafísica separada de la moral, la moral separada de Dios; el hombre único dueño de su ser moral, autónomo mas librado a todas las fluctuaciones de una razón sin guía y de una conciencia sin principios; prácticamente, la fuerza fuente del derecho y la omnipotencia de un estado soberano, dueño de mandarlo todo y de exigirlo todo".

Apenas cesó la guerra, Mercier, figura principal en el campo de la política internacional por su jerarquía intelectual y por el vigor moral con que guió al pueblo belga a través de cuatro años de ocupación, se aplicó a encauzar la sociedad hacia la paz contribuyendo a resolver la crisis intelectual, moral y material subsiguiente a toda conflagración.

Su visión universalista de los grandes problemas que el mundo occidental tenía planteados, le llevó a enfrentar con decisión el más agudo de todos: la cuestión social. Para estudiarlo y darle soluciones orgánicas se fundó en Malinas, en 1920, la "Unión Internacional de Estudios Sociales", presidida por Mercier. Los grandes interrogantes que el siglo XIX dejara señalados respecto a las condiciones económico-sociales de los pueblos aparecieron más vívidos en los primeros años del siglo XX.

Al mayor impulso dado por la fuerza electromotriz a la industria fabril, al comercio, a las comunicaciones, se siguieron ideologías nacionalistas cada vez más acentuadas, mientras la rivalidad de los intereses capitalistas internacionales sembraba desazón en pueblos y gobiernos y la lucha entre el capital y el trabajo se hacía más y más pronunciada. La primera Guerra Mundial agudizó este estado de cosas.

León XIII, en su Encíclica *Rerum Novarum* del año 1891, había fijado la doctrina de la Iglesia respecto a la cuestión obrera teniendo para ello muy en cuenta los trabajos realizados por la "Unión de Friburgo", agrupación internacional católica que desarrolló sus actividades desde 1889 a 1891. Sin embargo, los años transcurridos habían creado nuevos problemas. Surgió entonces, a iniciativa de católicos franceses y belgas, la "Unión de Malinas", que recibió de inmediato la adhesión de Italia, Holanda, España, Suiza, Inglaterra, Polonia y muy luego de Alemania, Austria, Estados Unidos y Canadá. Su labor en los primeros años fué silenciosa y de estudio, pero a partir de 1924, por iniciativa de Mercier, se tornó influyente no sólo en el campo especulativo sino también en el práctico. Para Mercier la razón profunda del desequilibrio social se hallaba "en el quebranto del sentido social consiguiente al *individualismo*, que viene a parar, a la larga, en el *liberalismo* económico. El liberalismo económico no conoce más motor ni regulador que *el interés propio*. Hace basarse en lo que denomina, no sin amarga ironía, la libertad del trabajo y el contrato libre, toda la organización económica de las sociedades, y se niega a ver en la competencia brutal desencadenada por semejante supuesta libertad el germen del aplastamiento del débil por el fuerte... Hemos respirado todos y por largo tiempo, ¡ay!, la atmósfera mefítica de este pernicioso liberalismo. Hemos conocido la época en que, con demasiada frecuencia, el propietario rural o industrial, volviendo a la concepción pagana de la propiedad y del trabajo, adoptando como objetivo y norma de su conducta *su interés*, no veía en el trabajador manual más que un factor sin entrañas y sin alma, del cual pudiera en justicia disponer como soberano".

Señalada por Mercier la necesidad de redactar y divulgar una síntesis de la doctrina social católica como paso previo a toda acción proficua, el importante documento, conocido hoy en todo el mundo bajo el nombre de "Código Social de Malinas", vió la luz meses después de su muerte. Si los estudios de la Unión de Friburgo fueron precursores de la "*Rerum Novarum*", los de la Unión de Malinas lo fueron de la "*Quadragesimo Anno*".

Falleció el Cardenal Mercier a comienzos de 1926. Había honrado con su inteligencia, ilustración y carácter los importantes cargos que en el transcurso de sus setenta y cuatro años de vida le fueron conferidos. Imprimió a todos el sello de su personalidad inconfundible en un afán

de constante superación intelectual y moral, ya que fácil le fué comprobar cuán poco valían por sí mismas las más altas dignidades discernidas por el falaz juicio humano. Fué él, con su espíritu, con su pluma, con su afabilidad, con su caridad, quien prestigió todo lugar y todo momento, legándonos una inapreciable lección de auténtica ciencia y trascendente proceder.